

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY



R

ESPONSO AL ELECTOR DE

VOLUNTAD DE HIERRO

ZARAGOZA

1 9 5 6

BIBLIOTECA NACIONAL

RESPONSO AL ELECTOR DE VOLUNTAD
DE HIERRO

527.62
B 849
2.2

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

RESPONSO AL ELECTOR DE
VOLUNTAD DE HIERRO



ZARAGOZA

1 9 5 6

En Trieste, Antonio Fonda, de cincuenta y cuatro años de edad, insistió en que tenía que votar en las primeras elecciones desde la devolución de Trieste a Italia, a pesar de encontrarse gravemente enfermo. Fué llevado a votar en una camilla, y tres horas después falleció.

“Informaciones”, Mayo, 28.

A la parihuela te hiciste llevar desde tu lecho de dolor hasta la mesa electoral, ¡oh, Antonio Fonda!, a fin de emitir tu voto en las primeras elecciones celebradas en Trieste, después de su reincorporación a la madre Italia. Estabas gravemente enfermo, mas escuchaste en lo interior de tu conciencia de patriota la voz de un mandato indeclinable.

Bien mediste las flacas fuerzas que sostenían tu desmedrado cuerpo; sin embargo, insististe en que los tuyos te condujeran hasta la urna donde se recogían los votos de los ciudadanos libres. Pusiste el voto que te dictó tu albedrío y luego la

muerte se enseñoreó triunfal sobre tu agotada naturaleza.

Como mera anécdota la Prensa anunció la noticia de tu fallecimiento. La gente frívola la recibió con la misma curiosidad intrascendente con que se impuso de que el Presidente Gronchi hubo de presentar sus documentos de identidad para poder votar. Tal vez quienes no piensan en el valor cívico de este hecho, ríen de la simpleza del Jefe de Estado que necesita probar su carácter de votante al igual del obrero modesto que le antecedió en el acto material de consignar el voto. Menos medirán la dimensión moral de tu conducta quienes no sepan que el sufragio del pueblo es el sustituto cultural de los viejos sistemas de imponerse los hombres por la fuerza en el cuadro de los mandos sociales. Hubo tiempos en que los hombres graduaban su fuerza por medio de la tétrica operación de segar cabezas humanas. La técnica moderna del Poder ha creado una distancia abismá-

tica en la manera de contar las cabezas. Ayer se hizo el recuento en el suelo. Tanto más poderoso era el hombre cuanto mayor fuera el número de cabezas enmudecidas que rodasen por tierra como fruto de la brillante violencia guerrera. Hoy, la fuerza de un hombre se calcula por el número de cabezas que hablen a su favor en el terreno del sufragio.

El derecho de hablar en esa justa nueva, te llevó medio muerto hasta la urna electoral. En el radio reducido de tu mundo cívico, ibas a librar una verdadera batalla. Para seguir en Trafalgar luchando al frente de su nave capitana, el heroico Almirante Churruca se hizo colocar dentro de una cuba de arena por donde pudiera ser detenida la copiosa hemorragia que adelgazaba el hilo de su vida. También tú, ¡oh, férreo Antonio Fonda!, tenías conciencia de que participabas en una batalla enderezada a ganar mayor resistencia para tu municipio y tu república. A la hora actual, los bandos que

buscan el gobierno no van a la guerra sangrienta sino al combate cívico. El arma del ciudadano es el voto. En el frágil papel se concentran tanto la antigua fuerza que hinchó el músculo armado del hacha o de la cimitarra, como la visión certera que acompañó al proyectil mortífero en su parábola de ruina. El voto testimonia la razón de ser de las repúblicas. Derecho y función, en él aposenta la fuerza del pueblo. Moribundo, tu fuiste a ejercer ese derecho y a cumplir esa función mucho más imperioso y mucho más reclamada en ti, por cuanto era la primera vez que en Trieste se votaba después de su retorno feliz a la unidad italiana.

Sabías, ¡oh, ignorado Antonio Fonda!, que sumando tu derecho electoral al derecho de los demás italianos capaces de actividades de sufragio, ejercías mancomunadamente el derecho de soberanía electiva que caracteriza a los pueblos democráticos. Estabais todos plenamente ciertos de que la mayoría que pudierais

llegar a formar se convertiría irremediablemente en poder de administración, sin sombra alguna de duda que os llevara a sospechar la ineficacia de vuestros votos. Sabíais todos los italianos que votasteis en la jornada cívica de mayo último, que erais en realidad el pueblo que expresaba su voluntad decisiva, y en ningún momento llegasteis a pensar que los ciudadanos armados —bersaglieri, carabinieri, ejército regular— pudiesen atentar contra la fuerza de los votos de la mayoría vencedora.

Afincado en la certidumbre del respeto que a las autoridades todas, y en especial a las fuerzas armadas, impondría el resultado electoral, te hiciste conducir, ¡oh, buen ciudadano Antonio Fonda!, hasta las mesas de votación. Estabas cierto de que ibas a ejercer la plenitud de tu sagrado derecho de ciudadanía. Ibas con la conciencia del obrero que se sabe responsable en la obra planeada por el aparejador certero. Sabías que en la batalla

cívica que libraba el pueblo italiano eras tú un capitán igual al más encumbrado de los votantes de la república. Tu voluntad de ciudadano tenía en el momento del voto dimensión igual a la voluntad del Presidente, a la voluntad del Cardenal, a la voluntad del poderoso jefe de empresa. Todos erais en aquel momento representantes de la misma y total soberana voluntad del pueblo de Italia.

Por alcanzar un laurel lucharon los antiguos atletas y se sacrificaron los héroes impávidos. Donde la democracia funciona —aún aliada con formas monárquicas, como en Inglaterra, Holanda, Bélgica— el voto es el instrumento con que se ganan las grandes lizas políticas. El ciudadano que marcha hacia las mesas electorales es una manera de capitán que se encamina al campo de batalla. La fiereza antigua ha sido reemplazada por la altiva compostura de quien se sabe defendido por la fuerza de las leyes y no por la ley arbitraria de la fuerza. Sin sa-

iud para intentar la marcha del hombre corriente te hiciste llevar a la parihuela, como capitán herido, para hacerte presente en el campo de la litis cívica. Te interesaba cumplir tu deber de ciudadano. Te preocupaba el destino de la región, de nuevo puesta a ritmo con la marcha de la gran patria italiana. A la hora de la muerte, te pareció mejor que el descanso de la cama muelle la satisfacción secreta de haber ejercido el alto, austero, noble derecho de participar en la elección de los funcionarios de tu ciudad.

Para librarse de un castigo infamante San Pablo invocó su carácter de ciudadano romano. Serlo, era en realidad un derecho y un orgullo. Para ti, ¡oh, bondadoso Antonio Fonda!, fué también un alto orgullo ejercer la ciudadanía italiana, con cuyo título entrabas a participar en la elección de las nuevas autoridades de Trieste. Eras un patriota capaz en otro tiempo de haber derramado tu sangre por Italia. A la hora de la realidad cívica del

pueblo fuiste moribundo a consignar tu voto en el foro de un derecho que pide al hombre reflexión y no violencia para escribir sus actos.

Al pueblo que fraguó las normas severas de la más encumbrada legislación que conocen los tiempos, y sobre la cual aun tienen eficaz soporte muchas instituciones jurídicas de Occidente, bien va el cambio de altar para los sacrificios por la Patria. Pedían los viejos dioses sangre de animales, y aun sangre humana, para sosegar en su ira y su venganza. Han reclamado, también, las naciones estrépito de ejércitos y amenaza de combates, para asentar su grandeza y su prestigio. Una pedagogía más humana y fácil pide que los hombres discurran en la paz engendradora al amor de un severo cumplimiento del deber de convivir. Desarmados y alegres, los pueblos pueden dirimir por medio de ancho y jubiloso diálogo sus problemas ingentes. No se necesita que los unos dominen a los otros, sino

que unos y otros —hombres y pueblos— comuniquen entre sí la abundancia y remedien mutuamente sus carencias. Con ojo zahorí Fray Luis de Granada descubrió en pleno siglo xvi las bases para un sistema eficacísimo de filosofía económica y de política internacional, cuando dijo que “queriendo el Criador amigar entre sí las naciones, no quiso que una sola tuviese todo lo necesario para el uso de la vida, porque la necesidad que tienen las unas de las otras, las reconciliase entre sí”. Miró el gran maestro de la ascética cómo la necesidad, es decir, la indefesión, obliga con el peso de ley imperiosa a la relación amigable de los hombres. A ningún pueblo dió la Providencia todo lo necesario para la perfecta autarquía. Ningún hombre tiene, tampoco, a su disposición las facultades y recursos que reclaman sus urgencias. Hasta del analfabeto ayuda de cámara necesita el encumbrado sabio, con la misma precisión que el ignorante necesita sus consejos. En el orden univer-



sal de la vida, los hombres coexisten con otros hombres. Coexisten para la intercomunicación inteligente y fecunda. No existen unos frente a otros en actitud de rebatiña. Existen en función de conjunto, de condominio, de coparticipación, de convivencia. Puestos a un lado el odio, la refriega, la violencia como sistema de vida, la igualdad de aspiraciones y de derechos mueve las masas ordenadamente hacia las mesas donde se cuentan las pa-peletas expresivas de la voluntad de obrar de los ciudadanos.

Sobre la lucha antigua, el voto representa la vocación del hombre que camina los caminos de la cultura y de la paz. Pacíficamente fuiste, ¡oh, empeñoso Antonio Fonda!, hasta el sitio donde te correspondía expresar tu albedrío de ciudadano. Cumpliste tu deber, y en seguida entregaste tu espíritu al Señor. Moriste como antiguo romano, en quien el celo por la república había creado vivencias estimulantes. Sabías que el pueblo es el sobe-

rano y tú te sentiste pueblo. Todo lo que han enseñado los grandes iusnaturalistas de ayer y de hoy, tú lo sabías y lo sentías con ejemplar sencillez cívica. Sobre tu ánimo pesaba la certeza de que Dios comunicó a la sociedad el Poder de gobernar y dirigir. Contra la soberbia de los reyes, los grandes teólogos sostuvieron la doctrina que prefiere al pueblo como intermedario entre la ley eterna y el ordenamiento positivo. Tú fuiste a sumar con tu voto la partícula de voluntad divina que en ti residía, a los millares de idénticas partículas en que se disuelve y con que se articula la voluntad del pueblo. No sólo cumplías un deber de servicio político, sino una función que tiene sus raíces ontológicas en los secretos abismos de la Sabiduría increada. Fuiste a ejercer el alto, noble, generoso atributo de racionalidad por donde gana resonancia la pacífica convivencia que hace la paz de las naciones.

Héroe inadvertido de un cívico deber,

tu muerte, ¡oh, bondadoso y cumplido Antonio Fonda!, es testimonio de un fino sentido responsable y testimonio, al mismo tiempo, de tu fe en las instituciones en cuyo nombre se convocó al pueblo para que expresase su libre voluntad de sufragio. Se te puede invocar como ejemplo de fe en la fuerza de la república. Jamás hubieras pedido tu traslado a la mesa electoral, si en tu espíritu hubiera apuntado sombra alguna de duda sobre la eficacia que ante las autoridades tendría tu voto libre. Fuiste a votar porque sabías que tu deber y tu derecho no serían burlados. Sobre la certeza de que eras una voz del pueblo soberano, realizaste el esfuerzo que te precipitó la muerte. De haber vivido un poco más y de haberse dado el hecho insólito de que las autoridades desconociesen el resultado de las elecciones, seguramente te habrías hecho trasladar a la plaza pública para engrosar la voz de la protesta colectiva y para dar ejemplo teórico de que la digni-

dad cívica la pagan los pueblos con moneda de sacrificio...

Descansa en paz, ¡oh, bondadoso y entusiasta Antonio Fonda! En silencio cumpliste tu deber con la misma dignidad con que los Gracos supieron dejar la huella de su nombre en los anales de la República romana...